

El analista como persona pública

*Adrián Liberman L.*¹

Resumen

A partir de la revisión de las prescripciones técnicas sobre neutralidad y abstinencia, desde los escritos inaugurales de Freud, el autor cuestiona la interpretación dada a los mismos por la institución psicoanalítica. Sostiene que existe una diferencia entre éstos en situación analítica y los mismos como características identitarias de los psicoanalistas. También plantea las distorsiones que se producen por esta confusión. En consecuencia plantea su posición personal como personaje público y pasa revista por los efectos que, tanto para el análisis como para su práctica, se derivan de esta discriminación. Se concluye acerca de la imposibilidad de continuar considerando al psicoanálisis y su transmisión como actos al margen de la dinámica social y se aboga por una mayor inclusión de los psicoanalistas en la cultura.

Los antecedentes

En sus esfuerzos por caracterizar al psicoanálisis, y diferenciarlo de las curas por sugestión, Freud (1911, 1913) escribe dos artículos fundantes sobre técnica. En uno de ellos, el padre del psicoanálisis advierte que las reglas vertidas en él se ajustan a su temperamento, abriendo la posibilidad de que éstas no sean universales. Preocupado por atenuar hasta donde fuera posible los efectos de la sugestión, cristalizan dos principios técnicos que

¹ Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

son el de la neutralidad y el de la abstinencia. Se trata de dos ideales, de maniobras que no se pueden alcanzar plenamente. Priva en ello maximizar la libertad del analizando, evitando todo lo posible sugerir, ordenar, coartar o convencerlo de nada.

Estos primeros escritos acerca de la teoría de la técnica fueron incidiendo en la convicción de que, para lograr ser neutro y abstinentes, el analista debía convertirse en un artista del anonimato. En tanto se fue haciendo patente que era imposible no influir, al menos en algún grado, los psicoanalistas y sus instituciones desarrollaron prescripciones y proscripciones que atenuasen dicho efecto (Greenson, 1988; Etchegoyen, 1986; Coderch, 1987). Ya sabemos que aun el analista más silente ejerce alguna influencia sobre sus pacientes. Como también que es imposible que los pacientes no tengan indicios ciertos acerca de nosotros como personas. Así, las caracterizaciones del analista en tanto persona se fueron conformando en negativo, aludían al esfuerzo por “borrarse” de la situación analítica. Esto llevó a una idealización del anonimato. Y este anonimato permitió que mucho conformismo (personal e institucional) se disfrazase de técnica. Existen incluso gestos caricaturescos de ello, como el de aquel analista que se vestía todos los días exactamente igual, de manera que ese aspecto de su idiosincrasia no hiciera “ruido” en la situación analítica. Otros llevaron estos principios al grado de abstenerse de toda participación política o cívica. Mucho de estos excesos contribuyó también al afianzamiento de una creencia en una suerte de extraterritorialidad del psicoanálisis y sus practicantes (Roudinesco, 1999). Una marginación deliberada de la cultura y de los escenarios públicos que se tradujo, en muchas y desgraciadas ocasiones, en un cultivo de cierto grado de esquizoidia. Las instituciones analíticas se convirtieron en guardianes de un cierto tipo de normalidad, entendida como recelar de quienes no se atuvieran a dichos principios.

No poco de esto tiene que ver con el decreciente influjo del psicoanálisis en la cultura. La práctica deliberada del aislamiento, por la extensión falaz de la situación analítica a la vida cotidiana, ha contribuido desde adentro al papel decreciente que el psicoanálisis tiene en muchos ámbitos.

Hasta hace unos años, la propuesta de un hacer que se apartase deliberadamente de lo público, como forma de salvaguardar su especificidad, podía sostenerse por diferentes factores. La existencia de una numerosa clase media, la ausencia de movimientos cuestionadores de los ideales sociales, la relativa estabilidad institucional permitía sostener el artificio de una división tajante entre la esfera de lo privado y lo público.

No es sino hasta la eclosión del mayo francés de 1968 y el surgimiento de las protestas masivas que esta barrera es sacudida por primera vez. Frente

a ello, junto con la aparición de la contracultura, la antipsiquiatría de Laing y Cooper, el existencialismo de Sartre y otros eventos, los psicoanalistas, individual y colectivamente, empiezan a cuestionar su identidad como seres anónimos.

Son los momentos de los cismas, de la APA en Argentina, dando pie a los grupos Plataforma y Documento. De las escisiones y rompimientos individuales y de las primeras experiencias de psicoanalistas tomando parte activa y notoria de acontecimientos colectivos. Son además las primeras rupturas basadas en aspectos de la ética más que de la técnica como causas.

En otros países, sin embargo, la práctica analítica continuó transcurriendo en el agrupamiento institucional descrito antes. Una forma de agrupación que se coloca al margen de la militancia política, de las asociaciones gremiales, de los intelectuales, casi al margen de todo.

Un encantamiento que se rompe

Venezuela, como país, no escapaba de la descripción anterior. La práctica analítica se hacía dentro de estos cánones, y las maneras de agrupamiento institucional de los analistas conjugaban la formación con las necesidades de pertenencia y jerarquización de sus miembros.

Los acontecimientos socio-políticos que se desencadenan a partir de 1998 a la fecha han producido el borramiento de la barrera entre consultorio y plaza pública. Lo colectivo, en forma de crisis violentas que estuvieron larvadas largamente, irrumpió en todos los ámbitos haciendo añicos la excepcionalidad del psicoanálisis.

El deslave de Vargas en 1999, los acontecimientos de abril a diciembre de 2002, fueron los primeros jalones de un cuestionamiento de esa identidad construida en el aislamiento. Hay otras formas ominosas en las que este fenómeno se ha producido. Uno es el proyecto de ley sobre salud mental en la que el Estado se arroga el derecho a certificar y descertificar las personas que se dediquen a la psicoterapia. El otro es la prohibición expresa de comentar sobre la salud mental de ningún funcionario público, comenzando por el Presidente de la República. Dos formas concretas de censura que no han sido hasta ahora suficientemente denunciadas ni combatidas, y dos ejemplos concretos de cómo lo público revienta las puertas de los consultorios, aunque no se lo quiera.

Estos, entre otros factores, son los que me llevan a pensar acerca de la viabilidad del anonimato como aspecto medular de la identidad analítica

y a intentar pensar las características y consecuencias que conlleva el ser psicoanalista y persona pública. Pensamiento que se imbrica además en lo que ha sido y es mi práctica como analista, alguien con presencia en los medios de comunicación, como con una preocupación constante por los lazos de transmisión entre el psicoanálisis y las ciencias sociales.

Esta particular ubicación personal es la que me motiva a preguntarme cuáles son las consecuencias para mí y mis analizandos de mi deliberada presencia en lo público. Estas son las cuestiones que trataré de abordar aquí.

El analista como persona pública

Una vez establecido lo falaz de la disociación entre lo público y lo privado, así como sus ribetes institucionales, intento aproximarme a la idea del psicoanalista como persona(je) público. Para ello utilizo mi experiencia personal, en tanto llevo una década con presencia activa en los medios de comunicación masiva, como en los escenarios de pronunciamiento político. Tratar de reflexionar sobre este singular modo de entender y practicar la identidad analítica tiene (o debería tener) consecuencias en diversos niveles.

Una de ellas es la relación analítica que se establece con las personas que acuden a mí en forma de ayuda. Otras corresponden al orden de la identidad gremial, si el término cabe en el caso de las formas idiosincráticas que los psicoanalistas tenemos para agruparnos.

Para mí la defensa abierta de los principios que sustentan la democracia y los derechos humanos es una acción que tiene una relación de continuidad con la ética del psicoanálisis practicada dentro del marco íntimo del consultorio. Tanto en la Venezuela actual como en otros países en otros momentos, la defensa de estos principios es la acción mínima y necesaria para que pervivan las bases que hacen posible el oficio analítico. Si se quiere, es una acción destinada a que existan las condiciones que puedan garantizar el principio de asociación libre sin volverlo una paradoja irrealizable. La abstención de ello, en nombre de otra abstinencia (la de la relación con el analizando en el consultorio), deriva en una forma bizarra en que la que se sostienen dos éticas, con un precio, en términos de disociación personal, que puede hacerse insoportable. Para el análisis es más dañina la ausencia de los analistas del ágora ciudadano que el hecho de que los analizandos de cada cual (que al fin y al cabo siempre son pocos) traben conocimiento con los principios humanos que su analista defiende. En mi experiencia personal, el conocimiento por parte de mis analizandos de mi activismo no

ha fungido como óbice ni impedimento de la buena marcha de los procesos terapéuticos.

Otrosí es la presencia deliberada en los medios de comunicación. Ello responde a una idea acerca de la conversión del análisis en un bien público. Ayudar a la traducción del saber analítico para el gran público es colocarse en la línea de lo que hacía Freud en sus conferencias introductorias o Lacan en sus seminarios semanales. Es un hacer público que implica una deliberada acción en favor de la participación en la cultura. Esta publicidad del analista, como de los conceptos analíticos, es para mí una continuación de la ética que sustenta el oficio.

El analista que divulga los conceptos psicoanalíticos, o que busca ayudar a explicar la realidad en los términos del saber analítico, está ayudando a prevenir al psicoanálisis de mistificaciones, de un ejercicio misterioso sólo apto para iniciados.

Mi experiencia ha sido que el público le da la bienvenida a este tipo de iniciativas y percibe que el psicoanálisis puede ser una herramienta gnoseológica muy poderosa para entenderse a sí mismo como a los otros.

En otro orden de ideas, la asunción de un rol público pasa por participar en escenarios donde el psicoanálisis se confronta con otras parcelas del saber humano, en un mundo donde la interconexión pone en duda la existencia de terrenos privados.

Pienso y sostengo que el hacerse persona pública es oponerse a una determinada forma que adquiere la institución analítica, constituida al margen de todo, como espacio que promueve el conformismo y lo racionaliza como neutralidad.

Y es que ser analista no es ser neutro, implica pronunciarse abiertamente por la práctica del ejercicio de la escucha del inconsciente y del otro como ser de deseo. Es toda una declaración de principios, casi una antropología si se quiere.

Una cosa es la neutralidad sostenida en la situación analítica, y otra la creencia de que asuntos como la justicia, la libertad y el respeto son materia para otros.

Para mí, todo aquel que se dedica a este oficio lo hace desde preguntas y deseos de transformación de lo humano. Esto puede llevar, como de hecho lo hace, a manifestar estos intereses en ámbitos más amplios que los de los intercambios con colegas.

La ética y la práctica analítica están constituidas alrededor de una subversión. Un ejercicio como una institución analítica que no increpe el

surgimiento de los amos, que no cuestione ninguna autoridad, se convierte en un factor de perpetuación de la patogenia que pretende combatir.

Referencias bibliográficas

- CODERCH, J. (1987). *Teoría y técnica de la psicoterapia psicoanalítica*. Barcelona. Herder.
- ETCHEGOYEN, H.R. (1986). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires. Amorrortu.
- FREUD, S. (1911). *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. Buenos Aires. Amorrortu.
- _____ (1913). *Sobre la iniciación del tratamiento*. Buenos Aires. Amorrortu.
- GREENSON, R. (1988). *Técnica y práctica del psicoanálisis*. México. Siglo XXI.
- ROUDINESCO, E. (1999). *La batalla de los cien años: historia del psicoanálisis en Francia*. México, FCE.